
No tengo tiempo. Geografías de la precariedad,
Jorge Moruno 185
Lucía Vicent

**Armas de destrucción matemática. Cómo el *Big Data*
aumenta la desigualdad y amenaza la democracia,**
Cathy O'Neil 187
José Luis Fernández Casadevante, Kois

Hacia mundos más animales,
Laura Rodríguez 189
Mara Nieto

**La ciudad en el joven Reclus 1830-1871. Hacia la fusión
naturaleza-ciudad,**
José Luis Oyón 191
Nerea Morán

NO TENGO TIEMPO. GEOGRAFÍAS DE LA PRECARIEDAD

Jorge Moruno

Akal, Madrid, 2018

128 págs.

Prácticamente cada día afloran nuevas formas de precariedad laboral, incluso en las economías más avanzadas. Al desempleo, la temporalidad, la parcialidad o el pluriempleo se suman miles de trabajadores afectados por modalidades de contratación que rebajan los salarios y suponen la negación de buena parte de los derechos fundamentales conseguidos por la clase trabajadora en el pasado. Así lo reflejan los *minijobs* en Alemania, los “contratos cero horas” en Reino Unido, los falsos autónomos en España o el uso fraudulento de otras fórmulas (contratos formativos, en prácticas, becarios, etc.) que, bajo la promesa de una futura inserción en el mercado, sustituyen puestos de trabajo sin que medie siquiera una relación salarial. Sin embargo, la extensión de este fenómeno no se limita únicamente al plano laboral ni se expresa solo a través de la evolución salarial o las condiciones de trabajo que priman en el mercado. La precariedad supera estas cuestiones y se traslada a las distintas esferas que conforman nuestra cotidianidad.

El autor asume el reto y, a partir de una elocuente aproximación a las formaciones sociales en el mundo contemporáneo, explora las formas de explotación y las relaciones sociales que se han sucedido desde el surgimiento del capitalismo y afectan al trabajo. *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad* acerca al lector a una particular reflexión sobre las transformaciones del trabajo, sus manifestaciones e implicaciones, escogiendo acertadamente un nexo común para atender las distintas dimensiones afectadas por la precarización. Este nexo, que sirve a la vez de hilo conductor para la propuesta analítica que traslada la obra, es el tiempo.

Precisamente porque a través de él y de las derivaciones que permite el uso del término es posible estudiar los problemas de la sociedad actual desde un prisma multidimensional que visibiliza cómo las exigencias de la acumulación del capital invaden y supeditan progresivamente nuevos espacios de nuestras vidas como vía para la reproducción del sistema económico capitalista. Una cuestión que Jorge Moruno quiere remarcar desde el principio y que recoge en la primera frase del libro: «En algún momento, allá por los albores del mundo moderno, el tiempo se volvió contra la vida.» (p.7)

Tiempo y trabajo, tiempo y vida. Cómo se resuelven estas dos ecuaciones en el marco del capitalismo da lugar inexorablemente a unas relaciones sociales de producción que ordenan la sociedad y reproducen un esquema concreto de dominación. Un esquema entendido como una relación sociopolítica de dominación concreta, del capital hacia el trabajo asalariado, que hoy alcanza límites insospechados. El recorrido histórico que ofrecen los diez capítulos que componen este ensayo así lo reflejan y describen un escenario en el que cualquier instante de nuestras vidas está al servicio de la rentabilidad económica. Los trabajos precarios crean realidades precarias por las que trascurre la vida; vidas de personas que difícilmente saldrán del atolladero de la precariedad mientras esta se enquistaba en sectores cada vez más amplios de la sociedad. Y es que «El verdadero logro del capitalismo es conseguir imponer, como único horizonte posible, aquello que no es natural: subordinar la vida a la producción» (p. 49). Esto explica que prácticamente todo nuestro tiempo, ya sea como trabajadores o consumidores, esté a disposición del mercado; que vivamos en casas minúsculas en las que para mantenernos necesitemos más recursos (más salario, más horas de trabajo, nuevos ingresos, etc.); sobrellevamos la incertidumbre, la inseguridad o la movilidad laboral trasladándolas a nuestro modo de vida... todo ello con un denominador común: la falta de tiempo y la necesidad de multiplicarlo ligado,

esto último, con la búsqueda de nuevas vías que nos permitan subsistir.

Este *modus vivendi* conlleva consecuencias devastadoras para la sociedad (falta de oportunidades para acceder a cualquier tipo de ingreso, proliferación de trabajos sin salario incluso dentro del mercado, desmantelamiento de los servicios públicos, crecimiento de las desigualdades, estrepitosos ritmos de trabajo que generan ansiedad, estrés, depresión...) que el sistema advierte y para las cuales desarrolla efectivos paliativos que frenan cualquier resistencia posible que cuestione su continuidad. Tanto los discursos dominantes, que enfatizan la defensa del microempresario, la filosofía de vida abierta y social o, actualmente, la economía colaborativa, como los mecanismos cada día más sofisticados que controlan y sacan rédito de nuestro tiempo relacional y de ocio (correos, *whatsapp*s, redes sociales,...) sirven para la ideologización social impuesta por el *mainstream* y que acompaña al proceso de precarización.

Jorge Moruno, apoyándose en un estilo muy particular, en el que la rigurosidad académica se inscribe en un texto ágil para la lectura, fértil en la argumentación y oportuno en cuanto a la información recogida, nos invita a recorrer las genuinas prácticas por las que la precariedad impregna nuestros estilos de vida, demostrándose la potencia analítica de la variable tiempo en esta traslación. Tiempo como frontera, que separa el trabajo del no trabajo; tiempo como arma de poder, a través de un mayor control de los tiempos dedicados al mercado y disponibles para la explotación; tiempo como barrera, al determinar la participación o intervención en el espacio público; tiempo como fuente de conflicto en la lucha de clases; o tiempo, por tanto, como reivindicación. A través de estas páginas el autor termina por convencernos de que el tiempo es mucho más que una dimensión física o un periodo de duración, confirmándose como lo que es, determinante del orden social, y lo que realmente implica para los distintos grupos sociales su reparto, uso, disfrute y decisión.

Cabe señalar algo más y es que el libro afronta argumentaciones de gran complejidad a través de una redacción sencilla para la cual se apoya en experiencias que son claves para comprender las mutaciones del mundo del trabajo y las transformaciones que ello tiene en nuestra manera de vivir y de relacionarnos. Pero no se queda ahí. Al final del libro pueden encontrarse propuestas y líneas para la acción que, reconociéndose en ellas el viraje académico y activista de este sociólogo, hacen de esta obra una lectura obligada para todos aquellos interesados en la temática. Especialmente sugerente para quienes, concienciados en la corrección urgente que exigen las desigualdades que arrastra hoy nuestra sociedad, participan activamente desde sus organizaciones y espacios de intervención, tratando de inclinar la balanza del tiempo hacia el reparto real de los trabajos, la democratización de la economía y la producción y un verdadero control social del tiempo.

Cierro con un último apunte, matiz si se prefiere, en forma de recomendación referida a los factores explicativos que se encuentran detrás del problema de precariedad. La alusión reiterada al neoliberalismo, a las dinámicas propias que esta fase incorpora, así como la mención al carácter competitivo o financierizado del sistema, requerirían una caracterización más profunda que la que ofrece el texto para abordar plenamente este fenómeno. Esta ha de enmarcarse en las propias lógicas que operan en el capitalismo y seguir la secuencia que se corresponde con los requerimientos de la acumulación capitalista en cada momento histórico. A sabiendas de que no es el objeto principal del texto y que ahondar en ello implicaría multiplicar las páginas de este ensayo, atender estas cuestiones facilitaría que los futuros lectores despejasen las dudas que hoy resurgen en los espacios críticos de reflexión en los que, en ocasiones, parecería existir una alternativa a la degradación de las condiciones del trabajo dentro del capitalismo.

Lucía Vicent Valverde
FUHEM Ecosocial

ARMAS DE DESTRUCCIÓN
MATEMÁTICA. CÓMO EL *BIG DATA*
AUMENTA LA DESIGUALDAD Y
AMENAZA LA DEMOCRACIA

Cathy O'Neil

Capitán Swing, Madrid, 2018

271 págs.

Desde mediados de los años setenta una facultad de medicina del Reino Unido con una demanda muy elevada de alumnado que quería cursar sus estudios allí empezó a usar un ordenador para filtrar las solicitudes que les llegaban. Varios años después de que se automatizara por completo el proceso, que pretendía buscar un alumnado de excelencia se constató que la composición social de dicha facultad infrarrepresentaba a la población de origen migrante, a aquella procedente de barrios periféricos, a las personas no blancas y a las mujeres. El resultado tras varias reclamaciones judiciales es que en 1988 la Comisión de Igualdad Racial condenó a la universidad por discriminación racial y de género.

El programa diseñado para seleccionar al alumnado imitaba las decisiones humanas que se habían tomado en el pasado, de forma que se optimizara y depurara el proceso de selección, se siguieron los patrones humanos previos. El sistema de evaluación había aprendido a programar los sesgos y prejuicios de sus creadores: la población migrante maneja peor el idioma, las mujeres pueden interrumpir sus estudios por un embarazo, etc.

Esta sería uno de los centenares de casos que la autora ha recopilado y sistematizado para demostrar como el *big data* es una herramienta que agudiza las desigualdades sociales y dota de un poder no regulado democráticamente a las grandes corporaciones. Esta constatación le lleva a hablar de *Armas de Destrucción Matemática*, algoritmos que tienen efectos perversos sobre la sociedad, pero que permiten aumentar la rentabilidad de las empresas.

En medio del tecnoentusiasmo imperante, el *big data* se presenta como un espejismo que nos ofrece una engañosa, seductora y tranquilizadora representación de la realidad donde complejos problemas son resueltos, o estarían en vías de resolverse, gracias a invenciones o regulaciones tecnológicas. El hecho de que las decisiones las tomen máquinas procesando números y fórmulas matemáticas, y no personas, se presenta como un avance social al ofrecer mecanismos más eficientes, justos y objetivos para resolver nuestros dilemas.

El filósofo Karl Jaspers solía afirmar que desearíamos conocer el mundo excluyendo el hecho de que somos nosotros quienes lo conocemos. De la misma manera, los algoritmos ocultan que sus códigos han sido diseñados por personas que persiguen una serie de objetivos e intereses concretos. Según O'Neil, «la cuestión que debemos considerar es si hemos eliminado el sesgo humano o si simplemente lo hemos camuflado con tecnología. Es cierto que los nuevos modelos de reincidencia son complicados y matemáticos, pero hay multitud de supuestos incrustados en sus entrañas, y algunos de ellos son discriminatorios». (p. 45).

La mano invisible del capitalismo digital es la de un programador escribiendo códigos matemáticos, que permiten mejorar el rendimiento de empresas e instituciones mediante la visualización de información incomprensible y que pasa desapercibida al ojo humano. Nuestra autora ha desvelado el funcionamiento de dicha mano y los intereses a los que responde en diversos campos de la realidad social de EEUU, que, todo hay que decirlo, lleva un adelanto notable en estas cuestiones. Veamos algunos ejemplos:

El sistema de evaluación del profesorado del sistema público de diversas ciudades, se había programado de una manera que el propio tribunal que despedía o mantenía contratos en base a sus resultados no comprendía ni podía justificar por qué lo hacía. Un modelo opaco basado en los resultados del alumnado a un examen con respuestas estandarizadas determinaba el futuro del profesorado. Una profesora

con evaluaciones muy positivas de su centro educativo y de las familias, fue despedida al ser valorada negativamente por el sistema; ella lo denunció, destapando un sistema de inflado y falsificación de notas por parte del profesorado en cursos previos por miedo al despido. Esto explicaban las malas notas relativas de su alumnado, pero con las máquinas y sus protocolos no se negocia; el resultado final fue que una profesora altamente cualificada y bien valorada era despedida de la educación pública para pasar a dar clases en la educación privada que la contrató rápidamente.

Algo similar pasa con los modelos que definen los *rankings* universitarios, basados en un modelo diseñado a partir de las puntuaciones de los exámenes de acceso, ratios de profesorado por alumnado, número de solicitudes, porcentajes de estudiantes que aprobaban el primer año o se licenciaban, junto a una cuarta parte de valoración subjetiva en base a entrevistas a personal laboral de las universidades. El resultado del primer *ranking* fue razonable, el problema vino cuando se convirtió en el estándar nacional de evaluación y todas las universidades se reorganizaron para puntuar positivamente. Esta búsqueda de posicionamiento por parte de las universidades activó un bucle de realimentación positiva, que terminó por caracterizar patrones elitistas para medir la excelencia de su alumnado. El problema no es lo que se medía, sino lo que se ignoraba, pues obviaba cruzar los datos académicos con los mecanismos de financiación, el precio de las matrículas, la accesibilidad económica o la presencia de minorías, dando lugar a un *ranking* muy engañoso para las clases populares que se endeudan para estudiar en la universidad.

Otro elemento relevante son los sistemas informáticos orientados a la predicción del delito como PREDPOL, que deja un poco de lado los delitos más graves o complejos, como los asesinatos las violaciones o aquellos de carácter económico, para focalizarse en los delitos menores que son más fácilmente predecibles (beber alcohol en la calle, menudeo de drogas, hur-

tos...). Estos programas definen las rutas de las patrullas de forma que hay una mayor presencia policial en determinados espacios, por lo que es probable que se notifiquen más delitos menores que refuercen la presencia policial, en un inabarcable ciclo que termina aumentando la criminalización de la pobreza y la estigmatización de los barrios populares. Y es que estos programas no pueden cuantificar de forma sencilla cuestiones intangibles como la confianza o el control cognitivo del espacio, que conformarían la base de nociones de seguridad más complejas.

El libro también describe el uso del *big data* en la construcción de perfiles de personas vulnerables para diseñar campañas de publicidad orientadas a venderles productos basados en promesas imposibles de ascenso social; en el desarrollo de sistemas de planificación de horarios para las grandes corporaciones, de forma que se optimice la presencia del personal y la rentabilidad, frente a la justicia o el bienestar de los equipos de trabajo; el acceso a créditos o la valoración por parte de los seguros, de forma que los patrones de vida o la forma de nuestros cuerpos definan el precio que pagamos, despidiéndonos de los pagos medios y la mutualización; o incentivar el voto por un partido o lograr donaciones a las campañas electorales mediante publicidad específica y segmentada.

Y es que como nos recuerda la autora, el libre mercado no va a regular las ADM, las víctimas de esta injusticia algorítmica no tienen voz. Estas padecen un proceso de deshumanización, que se muestra en cómo *las élites sean evaluadas por personas, mientras que las masas y las personas pobres son valoradas por máquinas*. Las ADM están al servicio de un capitalismo digital, cuyo objetivo final no explicitado es maximizar la ganancia de las corporaciones, por lo que se desprecian otras posibilidades que tendría esta tecnología orientada hacia fines sociales. Un paradójico ejemplo que nos cuenta O'Neil sería la investigación realizada por el MIT para el Bank of America con la intención de identificar por qué algunos grupos de empleados eran más productivos que otros. Mediante

un anillo en el cuello se identificaban desde las miradas a las conversaciones entre los ochenta empleados del servicio de atención telefónica; estos tenían un trabajo muy reglamentado, con descansos limitados y donde se trataba de minimizar el contacto entre ellos para que pudieran estar más rato al teléfono. La sorpresa fue que el grupo más sociable, el que dedicaba más tiempo a hablar y tomaba los descansos más prolongados, era también el más eficiente. La productividad de la empresa se disparó cuando permitió la sociabilidad en el ámbito laboral, contra todo pronóstico inicial.

No se trata de demonizar el *big data*, pues si «el *software* a menudo codifica prejuicios nocivos, es porque aprende de los registros previos a ser injusto» (p. 153), sino de cuestionar el sentido para el que se construyen los algoritmos que identifican patrones. La autora, como apasionada de los usos sociales potenciales de las matemáticas, plantea ejemplos de cómo se pueden usar estas tecnologías para democratizar el funcionamiento de nuestras sociedades, identificar a grupos de población para ayudarlos, y no para profundizar en su marginación. Y es que en definitiva, «los procesos de big data codifican el pasado. No inventan el futuro. Para inventar el futuro hace falta imaginación moral y eso es algo que solo los humanos podemos ofrecer. Debemos integrar de forma explícita mejores valores en nuestros algoritmos y crear modelos que sigan nuestro ejemplo ético» (p. 253).

José Luis Fernández Casadevante, Kois
Socio de la cooperativa Garúa

HACIA MUNDOS MÁS ANIMALES

Laura Fernández

Ochodoscuatro ediciones, Madrid, 2018

161 págs.

A menudo nos referimos a la especie humana como una especie “superior” en la Tierra, e incluso olvidamos (u omitimos) que somos parte, también, del reino animal. Desde los primeros años de nuestra vida hemos aprendido que cuando hablamos de “los animales” no nos estamos refiriendo a las personas, sino que nos excluimos y al resto los nombramos desde la *otredad*, como si fuera una realidad a la que no pertenecemos.

Hacia muchos más animales es un ensayo a través del cual su autora reflexiona sobre cómo nos relacionamos los seres humanos con el resto de especies animales. Cuestiona los fundamentos especistas por los cuales situamos a los demás animales en un lugar moral de inferioridad mediante las prácticas de dominación, opresión y violencia que ejercemos sobre ellos en este sistema capitalista.

Una de las principales contribuciones de este libro radica en que ayuda a comprender este tipo de opresión –contra los animales no humanos– como un continuo con el resto de opresiones existentes en la sociedad (como el machismo, el racismo, el capacitismo, la gordofobia, etc.),¹ señalando la ontología binaria que comparten. Además, lo hace desde las teorías de la decolonialidad, lo que nos permite tomar conciencia de que nos han hecho creer que vivimos en un solo mundo cuya meta es la modernidad y el progreso. Esto, tal como plantea la autora, deja fuera a unas *corporalidades otras* y otras formas de habitar el mundo que no encajan en este proyecto globalizador neoliberal.

En los primeros capítulos plantea cómo opera nuestro sistema social y cultural, basado

¹ Sistemas de opresión, en los que un grupo de personas se sitúa en la sociedad en una posición de poder sobre otro grupo social, basándose en el género, la clase, la racialización, la orientación sexual, la diversidad funcional, la neurodivergencia, la apariencia física, etc.

en estos binarismos que estructuran el mundo, entendiéndolos como sistemas de poder que privilegian u oprimen a distintos cuerpos, entre ellos: humano/animal, hombre/mujer, persona blanca/racializada, cultura/naturaleza, razón/emoción, rica/pobre, capacidad/ (dis)capacidad, etc. A partir de ellos ordenamos el mundo y el ejercicio de poder. Desde esta perspectiva el especismo, como sistema de opresión que subordina a los animales por el hecho de serlo, comparte muchos de estos binarios que rigen nuestra forma de entender y explicar el mundo que habitamos. El especismo, en tanto que cultural, toma distintas formas en las distintas culturas del mundo, y se expresa de forma diferente sobre unas especies de animales u otras. Por ejemplo, en nuestra cultura, no pensamos en comernos a un perro, pero sí a los cerdos o las vacas. La autora nos señala una de las contradicciones más grandes que tenemos como cultura: decimos amar a los animales a la vez que sostenemos todo un sistema de opresión que asesina miles de ellos al día por el hecho de serlo.

¿Es, por tanto, el especismo un sistema de opresión aislado? La autora recupera el concepto de interseccionalidad, acuñado por Kimberlé Crenshaw, feminista negra afroestadounidense, para explicar que las distintas opresiones se encarnan e interrelacionan generando relaciones de poder y dominación muy complejas, entendiendo la categoría de especie como una categoría más de opresión. Plantea que no podemos luchar contra el especismo sin hacerlo también contra el racismo, el machismo, y cualquier otro tipo de explotación y ejercicio de poder que se ejerce sobre los cuerpos vulnerados en este sistema neocolonial capitalista. Nos invita a reflexionar acerca de cómo el sistema especista de dominación se intercala con otros sistemas de opresión. Por ejemplo, ¿quiénes suelen obedecer las órdenes y realizan determinados trabajos en la industria cárnica (p.e. mataderos)?: normalmente personas que sufren violencias racistas y/o de clase.

Nos plantea la relación entre este tipo de violencias y el sistema capitalista: el conjunto de

opresiones se materializan en la violencia y domesticación que ejerce el sistema sobre los cuerpos *otros*, y estos se convierten en medios para conseguir beneficios económicos. Otra de las aportaciones más rompedoras del libro tiene que ver con comprender que los animales no humanos han sido y son la fuerza de trabajo de este sistema, que se ha construido y se sostiene a partir de la explotación de sus cuerpos. Como se recoge en sus páginas, el trabajo no remunerado de los animales no humanos recuerda a la categoría de clase social, y tiene relación con el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres, algo que ya han señalado varias autoras ecofeministas.

La autora plantea que el sistema de dominación especista funciona gracias a tres ejes: el ocultamiento, los discursos de verdad y la desconexión. En primer lugar, existe un ocultamiento físico de los lugares donde tiene lugar la violencia y domesticación de los animales no humanos (p.e. granjas, mataderos, etc.) y un ocultamiento mediático que, gracias a los discursos de verdad, aleja el especismo del debate social. En segundo lugar, los discursos de verdad tienen que ver con el lenguaje que se utiliza para dominar y ejercer violencia contra los cuerpos no humanos. La autora expone cómo funciona el lenguaje ejemplificándolo con el uso de los términos «acondicionar» el pico de un pollo o «exanguinar» a un animal, en lugar de «cortarle el pico» o «desangrarlo hasta morir», respectivamente. Como discursos de verdad recupera también la noción de las *tres N* de Melanie Jow para la justificación de comer carne como algo normal, natural y necesario. Finalmente, el tercer eje que la autora expone tiene que ver con la desconexión que tenemos las humanas y humanos con la naturaleza y con los animales no humanos, y la distancia emocional que permite que explotemos, dominemos y ejerzamos violencia contra sus cuerpos.

Hacia el final del libro, la autora recupera una idea presente a lo largo de todas sus páginas, que tiene que ver con la noción de antropocentrismo para explicar la violencia especista

colonial, al entender el especismo un sistema que mercantiliza y privatiza las tierras para dedicárselas a la explotación animal (y humana).

Pero, ¿cómo hemos llegado a este punto? ¿Cómo hemos sido capaces de desposeer a los animales no humanos de su capacidad de agencia, por ejemplo, al no tomar conciencia de sus prácticas de resistencia contra el sistema que los domina por no estar basadas en el lenguaje hablado? La autora recoge los planteamientos de Noske para explicar que los animales son alienados y “desanimalizados” a partir de la apropiación de: «lo que producen (fluidos, hijos o sus propios cuerpos), de su actividad de producción (apropiación corporal y control de ritmos vitales), de su socialización, contacto y juego (maximización de beneficios a partir del confinamiento) y de su entorno natural» (p.137).

¿Qué alternativas existen? De la lectura y la reflexión a partir del libro se deriva que los movimientos antiespecistas son la respuesta. Surgen como conjunto de resistencias que se oponen a este sistema especista, considerando que los animales no humanos deben ser libres y respetados y no considerarlos medios ni propiedades. Teniendo en cuenta una perspectiva transversal e interseccional, persiguen que no se ejerza dominación y violencia de ningún tipo hacia ningún cuerpo. Las personas veganas, por tanto, luchan directamente contra este sistema de opresión, ponen en jaque el *statu quo* al llevar a cabo prácticas ético-políticas que cuestionan la dominación humana y sus privilegios.

¿Es posible conciliar esta perspectiva con las posturas ecologistas “tradicionales”? La autora plantea un debate muy relevante entre las posturas ecologistas y ecofeministas antropocentristas (centradas en la protección de los ecosistemas y la naturaleza) y los movimientos de liberación animal antiespecistas. Las primeras estarían centradas en la protección de los ecosistemas y la naturaleza sin considerar que hay que proteger la vida de los animales no humanos. Sin embargo, la segunda postura toma en consideración a todos los animales como seres sintientes y persigue acabar con el

sistema de dominación especista colonial, recuperando las tierras expropiadas a los animales salvajes (y a seres humanos), luchando contra el sistema capitalista y sus prácticas extractivistas, y teniendo en cuenta la complejidad con la que operan los distintos sistemas de opresión en las distintas corporalidades, para luchar contra todos ellos.

Laura Fernández, con sus páginas, no deja indiferente a nadie y consigue que cuestionemos nuestra forma de relacionarnos con las especies no humanas y el funcionamiento del sistema actual. Nos ayuda a reflexionar acerca de cómo podemos cambiar nuestras prácticas cotidianas para dejar de contribuir a la explotación de otros cuerpos y otras vidas, que está sosteniendo este sistema capitalista neoliberal y colonial.

Mara Nieto
FUHEM Educación

LA CIUDAD EN EL JOVEN RECLUS 1830-1870. HACIA LA FUSIÓN NATURALEZA-CIUDAD

José Luis Oyón

Ediciones del Viaducto, Barcelona, 2017

454 pags.

Reclus nos enseña hoy, especialmente hoy, a mirar la naturaleza desde la ciudad, a preguntarnos de dónde viene el agua que bebemos y a dónde va una vez ha pasado por nuestras cocinas y cuartos de baño; cómo se relaciona nuestra ciudad con la región y las ciudades circundantes, incluso con las ciudades más alejadas, a través de las vías de comunicación. Nos enseña a contemplar con atención los árboles y jardines que aparecen de tanto en tanto entre las calles y edificios; a recorrer y disfrutar sus parques, a mirar el cielo y los pájaros, a recorrer las afueras en todos sus rumbos hasta subir a las colinas cercanas y contemplar pausadamente la

ciudad. A poner en juego nuestro cuerpo, nuestros sentidos en todo tipo de excursión urbana y periurbana, a situarnos en todos sus cambiantes puntos de vista. A mirar siempre «hacia fuera», un afuera que no es algo ajeno sino la condición misma de vida de la propia ciudad. A situar el origen y el conocimiento de nuestras ciudades en una geografía que nos ha sido gentilmente regalada. Este libro quiere recuperar toda esa sensibilidad reclusiana sin la cual no hay, no habrá nunca ni ciudad ni urbanismo ecológicos” (pag. 28).

Este fragmento sintetiza tanto los contenidos del libro, en el que se recorren las reflexiones, la actividad profesional y la experiencia vital de Reclus, como los motivos de la actualidad de un autor que por la distancia temporal podría parecer ajeno a los problemas y reflexiones sobre la ciudad contemporánea. Es cierto que en los 150 años que separan el periodo analizado en el libro de la actualidad, el crecimiento urbano y la relación de las ciudades con sus territorios circundantes ha cambiado infinitamente más que en los 5.000 años previos, desde el origen de la ciudad hasta la revolución industrial. Sin embargo, la aproximación a la ciudad que propone Reclus, y que debe ser contextualizada en el momento de cambio de ciclo que vivió, en los albores de la ciudad industrial, presenta una cuestión clave que debemos plantearnos en el cambio de ciclo actual: la integración de la ciudad en la naturaleza, que es como decir de la sociedad en la naturaleza, en relación a la gestión de los ciclos naturales, la explotación de los recursos, el cuidado de los sistemas agrarios, hídricos y naturales, la expansión urbana, las relaciones interterritoriales, así como las formas de gobierno y de vinculación con el espacio identitario...

Es interesante la lectura en clave de evolución de las teorías urbanas que desvela la tradición de lo que el autor ha denominado en otros textos *urbanismo protoecológico*, en el que el pensamiento anarquista tiene un papel central, desde las propuestas de Piort Kropotkin, Élisée Reclus o Patrick Geddes, de la idea original de

ciudad jardín acuñada por Ebenezer Howard, pasando por los herederos intelectuales de estos autores, como pueden ser Lewis Mumford y los regionalistas americanos, o los urbanistas del primer movimiento moderno, y llegando a los fundamentos de lo que podemos denominar urbanismo ecológico en la actualidad.

El libro aborda la figura de Reclus en su periodo de juventud y desde su aproximación a lo urbano, que como destaca Oyón, aunque no constituye la parte más importante de la obra del autor, sí apunta cuestiones clave dentro de la geografía y el urbanismo. El libro se articula en cuatro capítulos, el primero dedicado al *sentimiento de la naturaleza*, que recorre los primeros escritos y experiencias de Reclus; en el segundo capítulo se aborda la idea de ciudad “que nace del suelo”, es decir, de ciudad arraigada en el territorio, con una base económica agrícola o minera, o surgida como cruce de caminos; el tercero basado en la idea de fusión naturaleza-ciudad, en el que se abordan las propuestas de regeneración urbana de Reclus y sus apuntes sobre las ciudades del futuro; y el último centrado en la supresión de fronteras, la federación y la fusión de razas.

Hay un valor académico indudable en este trabajo, por la intensa labor de investigación, recopilación, organización y traducción de materiales que realiza Oyón, haciendo accesibles extensos fragmentos de textos que solo se encuentran en francés. A partir de las citas se describen las metodologías de trabajo de Reclus, tanto del análisis regional a partir de la descripción panorámica como de las propuestas de saneamiento y mejora del territorio mediante el desarrollo de infraestructuras que refuercen las potencialidades locales en la escala de la región natural y en la escala global. La confianza en los avances técnicos y la importancia central que Reclus da al desarrollo de infraestructuras deben entenderse en perspectiva histórica, como forma de mejorar la calidad de vida y llevar el progreso a unas ciudades insalubres y peligrosas.

A través de las citas, además, podemos

recorrer distintos países y situaciones de la época analizada, como si estuviéramos leyendo fragmentos de un libro de viajes; y no solo en la descripción de paisajes y ciudades, sino también en lo relativo a la dimensión política y filosófica del anarquismo en esta época. Las convicciones, valores y experiencia vital de Reclus tiñen su observación y sus propuestas para las ciudades y territorios. Sus análisis y reflexiones surgen de la experiencia directa adquirida en sus viajes y del conocimiento de primera mano de los paisajes y comunidades. Tanto en su vertiente más personal, en el disfrute de los ríos y la naturaleza a través de la práctica del excursionismo y el alpinismo, o de largos viajes a pie, como el que realiza con su hermano atravesando Francia con 21 años; como en su vertiente profesional, en la redacción de guías de viaje, trabajo que le obliga a realizar largos recorridos por toda Europa, visitando no solo las ciudades, sino también adentrándose en los territorios y recorriendo muchas veces espacios de montaña. Oyón ahonda en la relación entre la vida personal y las ideas de Reclus a través de estas experiencias, pero también estudiando las casas en las que vivió y cómo estas le permitían relacionarse con el espacio urbano y el natural, optando a las ventajas culturales que favorecía la ciudad sin renunciar a los paseos y el contacto directo con la naturaleza, y encarnando de esta forma al hombre suburbano que identifica en sus textos como el ciudadano del futuro.

La ciudad futura imaginada por Reclus es una unidad compleja y equilibrada en la que se unen ciudad y campo. Se trata por una parte de una unidad geográfica que alcanza la escala regional en forma de una red de ciudades cuyos suburbios se integran en los espacios agrícolas y naturales, y que se encuentra rodeada en un territorio natural, todo ello conectado por un red de vías de transporte que permite a sus habitantes la experiencia urbana y natural, comunicando desde los centros urbanos más densos hasta las áreas de bosques y montañas más lejanas. Se trata además de una unidad de gestión y de gobierno, que se articula en una federación de

pueblos, en la que la hermandad universal y las posibilidades de encuentro y fusión de razas superan los límites más próximos y alcanzan la escala global.

Pensando en lo que ha sido en realidad la evolución urbana en el último siglo, vemos cómo a partir de los mismos elementos la organización social y espacial se ha materializado de una forma perversa, nociva e incompatible con la sostenibilidad de la vida: los suburbios no se integran en la naturaleza, sino que la fragmentan; el transporte global genera graves impactos ambientales, mientras el libre movimiento de personas no está asegurado y la facilidad de viajar no ha conducido a la hermandad universal... Sin duda el temor a los aduaneros que sentía Reclus se vería acrecentado hoy en día. A pesar de que hoy pueda parecerse lejana o utópica, la propuesta urbana de Reclus fue una alternativa viable en su época, defendida por pensadores y urbanistas y ensayada puntualmente; el rumbo impuesto por las condiciones sociopolíticas hizo, sin embargo, que fuera una propuesta frustrada. Esta visión del orden físico, económico y político de las ciudades y territorios nos invita a reflexionar sobre el modelo territorial que necesitamos para crear un futuro sostenible y habitable, en un contexto de crisis social, ambiental y política. Teniendo en cuenta que ya no partimos de un mundo vacío, sino que cargamos con la herencia de un soporte físico intensamente artificializado, de una distribución de población eminentemente urbana, y de una incuestionable escasez y degradación de recursos.

Nerea Morán Alonso

Doctora en Arquitectura, Germinando S.
Coop. Mad.